

145

INSURRECCION DE JOAQUIN DE AGÜERO ^(1.)

Por Adolfo Pierra.

Chesnut Street, 1530.—Philadelphia, Diciembre 4 de 1901.

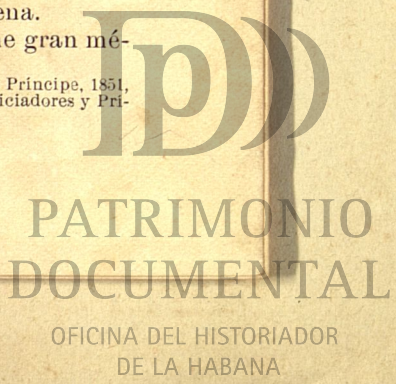
Sr. Dr. Vidal Morales y Morales.—Habana, Cuba.

MI estimado amigo y distinguido compatriota: Antes de ayer tuve el gusto de contestarle su muy apreciable del veintiseis de Noviembre, y ahora procedo á darle algunos detalles sobre los acontecimientos en que tomé parte, de los cuales puede usted hacer el uso que crea conveniente. Algunas de las observaciones que pensaba hacerle se hallan ya en las dos cartas que le escribí al buen amigo Julio Rosas y tuvo usted la bondad de insertar en el apéndice á su muy importante obra. Desde el año de 1848 tomé una parte activa en el movimiento revolucionario de Puerto Príncipe, pues aunque no formé parte, á tan corta edad, de la junta ó club revolucionario de aquella ciudad, estaba en comunicación constante por conducto de uno de sus miembros, mi primo Carlos Vasseur y Agüero, el padre de Aristides Vasseur. Mis principales servicios fueron comunicarle todas las noticias sobre los actos del gobierno español, distribuir las proclamas secretamente impresas, coleccionar fondos para la causa, escarapelas cubanas, hechas por mi lamentada hermana Martina, etc. Cuando empezaron á formarse las partidas revolucionarias en los montes del Camagüey, se reunían á menudo en casa de la señora de Joaquín de Agüero varias jóvenes camagüeyanas, entre ellas mi querida hermana, á preparar hilas y vendas para los heridos, escarapelas cubanas, y la bandera que debía enarbolar Joaquín, la

de Narciso López, y en un momento de entusiasmo y de fe en el buen éxito de nuestra causa, improvisó mi hermana Martina un soneto para que se recitara al entregar dicha bandera á nuestra partida. Al leérselo á Pepilla Agüero y las demás primas, se entusiasmaron tanto, que le pidieron que firmase el soneto, pues ya estaban seguras de nuestro triunfo. Así lo hizo, y este soneto junto con la bandera que llevaba Joaquín Agüero y Sánchez (el hermano de Perico) cayó en poder del gobierno español, habiendo sido atacado por numerosa fuerza de caballería á una legua de la ciudad, al ir, en unión de otros varios jóvenes de las mejores familias á reunirse con la partida. A mi hermana se le formó causa; pero teniendo mi padre algunos amigos entre las autoridades españolas, y no estando aún tan enconadas como más tarde las pasiones de los españoles, se dispuso que permaneciese arrestada en nuestra casa, á donde iban el fiscal y el escribano de la comisión militar á tomarle las declaraciones, y se consideró prudente que negase ella haber escrito esa poesía. Afortunadamente tenía dos formas de letra. Cuando escribía con pluma de acero usaba la forma de letra inglesa; cuando con pluma de ave, la forma española. Se le hizo que escribiera ella misma su declaración, y lo hizo usando la forma española, y como el soneto lo había escrito con la forma inglesa, se tuvo que sobreseer la causa absolviéndola de culpa y pena.

Aunque el soneto no tiene gran mé-

(1) Datos sobre la Insurrección de Joaquín de Agüero y sus demás compatriotas en Puerto Príncipe, 1851, para esclarecer la narración que de estos sucesos ha hecho el Dr. Vidal Morales en su libro "Iniciadores y Primeros Mártires de la Revolución Cubana."



rito literario, siendo muy inferior á sus posteriores poesías, considerando que á la sazón sólo contaba 16 años, creo que es digno de conservarse. Dice así el soneto:

A LOS CAMAGÜEYANOS AL ENTREGARLES
LA BANDERA

De libertad, sublime y glorioso,
El pendón recibid, Camagüeyanos;
Con entusiasmo desplegado ufanos,
Que ha llegado el momento venturoso.

Hacedlo que tremole siempre hermoso,
En vuestras firmes, valientes manos,
Y el que ostentan los déspotas hispanos
Destruíd con su influjo portentoso.

Valientes, combatid, mientras al cielo
Una plegaria alzamos fervorosa,
Para que Dios nos dé pronto el consuelo
De libre ver á nuestra patria hermosa.

Combatid, combatid, que la victoria
Risueña os muestra el campo de la gloria.

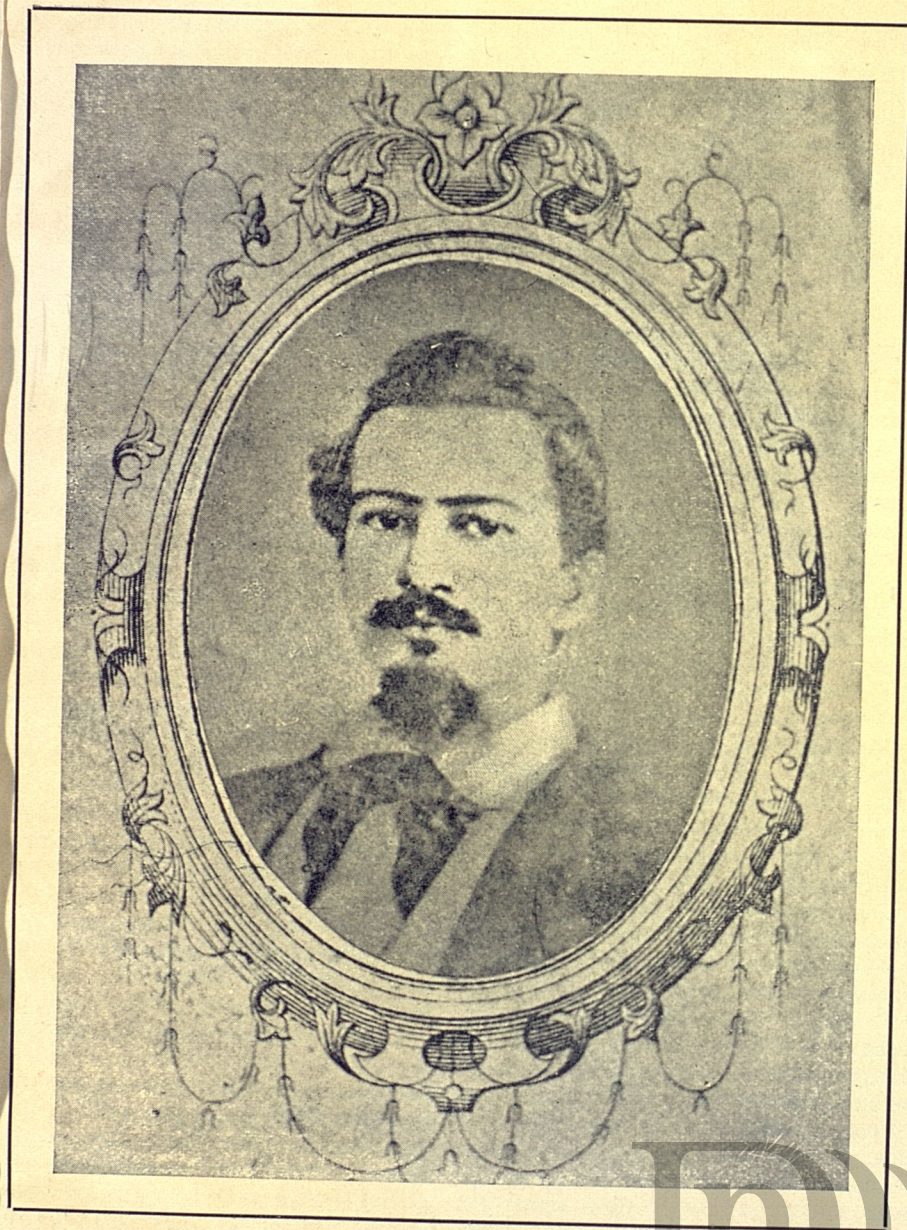
MARTINA PIERRA Y AGÜERO.

Ahora le haré una sucinta reseña del modo cómo fuimos vendidos y hechos prisioneros. Después del descalabro de las Tunas, y de la sorpresa y ataque de San Carlos, que desmoralizaron á otras dos partidas que se estaban formando en otras partes de la jurisdicción para cooperar con la nuestra, con la activa persecución de numerosas columnas de tropas procedentes de Santiago de Cuba y de Puerto Príncipe, con la ayuda de varias partidas de hijos del país, mandadas por los capitanes de partido, no nos quedó otro remedio que dar por fracasado aquel primer movimiento revolucionario, y tratar de salir del país. Los cuatro que escapábamos de la desgraciada aunque gloriosa batida de San Carlos, Joaquín de Agüero y Agüero, Miguel Benavides, Ubaldo Arteaga (mal herido) y yo, tras dos días de penosa marcha, sufriendo la sed y el hambre, unas veces vadeando pantanos y otras donde no se encontraba una gota de agua, teniendo algunas veces que escondernos al acercarse partidas de hombres armados, llegamos á la hacienda "El Júcaro", propiedad de la familia de Primeyes, de Nuevitas. Allí encontramos á cinco de nuestros compañeros: Fernando de

Zayas, Miguel Castellanos, Antonio Cosío, José Tomás Betancourt y Francisco Hernández, hijo del conde de Villamar. Una vez tuvimos que huir de la casa y meternos en los maniguazos al divisar nuestro centinela dos columnas de tropas que simultáneamente venían de direcciones opuestas. Otro día al oscurecer se presentó á atacarnos una partida de campesinos mandada por el capitán de partido don Nicolás de Zayas. Empezaba á llover, y sucedió una cosa cómica, para amenizar la tragedia de que éramos actores. Al presentarse ante la baranda del portal de la casa aquella partida, les dió el "quién vive" el que teníamos de centinela. Al contestar el jefe de la partida (toda montada) "España", instintivamente corrimos los ocho que allí nos hallábamos á coger nuestras escopetas. Al ruido que hicimos, como movidos por un choque eléctrico, los 30 ó 40 hombres que componían la partida volvieron grupas, y despavoridos huyeron cuesta abajo á todo correr. Sólo el capitán de partido y otro hombre quedaron allí con la cabeza de sus caballos sobre la baranda y una pistola amartillada en la mano. Joaquín se le acercó, y, recuerdo bien sus palabras: "Guarden ustedes esas pistolas, que también nosotros tenemos armas, y no queremos hacer uso de ellas, como podríamos ahora." Entonces ellos pusieron sus pistolas en el arzón, y en seguida procedió Joaquín á echarles una filípica, acusándoles de hacer traición á su patria, pues eran cubanos. El capitán de partido se disculpó diciendo que se veía comprometido que por orden perentoria del gobierno había tenido que salir á perseguirlos, etcétera. Joaquín los invitó á que entrasen en la casa, pues estaba lloviendo, pero ellos rehusaron la invitación y desaparecieron.

Durante nuestra permanencia allí se presentaron un pariente nuestro Vicente Agüero Rioseco y el hijo mayor de la familia de Primeyes, trayéndonos una proclama impresa del general Lemery, en que ofrecía completo indulto á todos los insurreccionados

que se presentasen dentro de cierto número de días. Entonces Joaquín dijo que el que quisiese quedaba en libertad de acogerse á ese indulto; que él por su parte jamás lo haría. Ubaldo Arteaga (mal herido), Antonio Cosío y Francisco Hernández, ha-



JOAQUIN DE AGÜERO Y AGÜERO.

biendo conseguido caballos se separaron de nosotros, pero no para presentarse. Los dos primeros lograron embarcarse para los Estados Unidos. Panchito Hernández, aconsejado por su familia, y dos más que no estaban á la sazón con nosotros, fueron los únicos

que en Puerto Príncipe se presentaron y por poco les cuesta la vida, pues en vez de cumplirles la promesa de indulto, los juzgaron por un consejo de guerra, los sentenciaron á la última pena y después les conmutaron la sentencia por la de diez años de presidio. ¡Buen ejemplo de lo que valía la palabra de honor del gobierno español! Fernando de Zayas, José Tomás Betancourt, Miguel Benavides, Miguel Castellanos y yo le dijimos á Joaquín que lo seguiríamos hasta la muerte.

Por conducto de los individuos mencionados antes se puso Joaquín en comunicación con su familia y amigos de Nuevitas, y se convino en pagarse nuestro pasaje á un buque mercante norte-americano que debía salir de aquel puerto dentro de pocos días, el cual mandaría un bote al lugar de la costa que se le indicaría, y á bordo del cual se pondría ropa y otras cosas necesarias que precisábamos. En la noche del día en que estuvieron á punto de sorprendernos las tropas, habiéndose retirado éstas, se nos presentó Norberto Primeyes con un pañuelo ensangrentado atado en la cabeza, diciéndonos que venía con el encargo de llevarnos al pesquero de Punta de Ganado, á donde se había convenido que mandaría la barca americana, que se pondría á la capa, un bote que nos llevaría á bordo. Inmediatamente nos pusimos en marcha para aquel lugar, caminando unas veces sobre un lecho de piedra de dientes de perro, como la llaman allí, las cuales acabaron de despedazar los ya estropeados zapatos que calzábamos, y otras veces por unos lagunazos de agua de mar llena de la viscosa agua mala que nos hacían arder los llagados pies. Las apariencias y las acciones de Norberto Primeyes hicieron sospechar á Joaquín que no estaba de buena fe, y habiéndonos manifestado su sospecha en un momento en que Primeyes se hallaba á alguna distancia, Fernando de Zayas, que estaba emparentado con su familia, nos aseguró que era hombre de toda su confianza. Anduvimos toda la noche, y al amanecer, ya casi á la vista del

pesquero de Punta de Ganado, nublada por cien voces gritando “¡Alto, dijo Primeyes que doblásemos el cañal!” retumba con pavoroso estruendino, á lo cual le dijo Joaquín que no era á aquel pesquero á donde no había dicho que debía llevarnos. Nadie contestó á esto Primeyes, y así comenzó á romper la fila de soldados que nos seguían por el lado del mar, en donde claro llegamos al dicho pesquero. Los pescadores eran un isleño y un negro, un muchacho, también isleño, y un negro, con los cuales luché, sin más armas que un puñal, pues mojé su revolver que era de los de la hechura antigua, nada podía hacer con él, habiéndole arrancado la ballesta el día. Cuando acabábamos de comer, como la choza se hallaba en una playa abierta, nos metimos á descansar entre los manglares, á una corta distancia; pero al oscurecer de aquel día, devorados por los mosquitos, la cara y las manos hinchadas, y los pies despedazados, y todos acalorados, resolvimos irnos á dormir á la choza. Esta era de guano con paredes de yaguas, y estaba dividida en dos piezas. En una con enyaguado por los cuatro costados, y una puerta que la comunicaba con la otra pieza donde dormían los tres pescadores y la isla de enyaguado con horroroso estallido. Apenas de enyaguado por los lados, y en un momento se acababan de disiparse los ecos de ellas había una ancha puerta que se abría enteramente abierto. En esta última pieza, cuyo suelo era de arena, muy fina y suelta, nos acostamos en seis y también Primeyes. Este había dicho que el buque americano saldría para Nuevitas al romper el día, y como la entrada de esa bahía sólo estaba á una legua del pesquero no tardarían en llegar allí. Todos estábamos profundamente dormidos cuando á eso de la media noche poco después, nos despertó un furioso ladrido de perros. (Había varios pesqueros.) Joaquín fué el primero que se levantó, diciéndonos: “Muchachos, esos perros ladran á gentes. Inmediatamente se asoma á la puerta de uno de los lados enyaguados, y en seguida se dirige á nosotros diciéndonos: “estamos rodeados de mucha tropa, síganme.” Diciendo esto se lanza fuera revolver en mano, y una descarga cerrada, pre-

sumaria, sostuvo, *bajo su palabra de honor*, que habíamos sostenido fuego contra su tropa por media hora, y ¡cosa singular! seis hombres haciéndole fuego por media hora á una tropa en columna cerrada á quince ó veinte pasos de distancia no logran herir á un solo soldado! Pero la mentira les era necesaria, y en efecto, el capitán fué ascendido á comandante, y el teniente á capitán, pocos días después.

Los oficiales les exigieron á los pescadores todas las cuerdas que tenían, y nos hicieron atar fuertemente con los brazos atrás. Mientras se llevaba á cabo esta operación trajeron á Joaquín y á José Tomás Betancourt á donde estábamos nosotros, y al vernos nos preguntó Joaquín: “¿Señores, ha tenido alguno de ustedes la dicha de haber sido herido por la patria?” Al sacarlo del mar los lanceros, ya herido como estaba, uno de los soldados de infantería que lo rodearon inmediatamente le dió cobardemente un culatazo con el fusil por la espalda que le hizo escupir la sangre. Habiendo atado á Joaquín y traído una lámpara del pesquero, se dispuso el capitán á tomar nuestros nombres. Empezó por Joaquín, quien le dió su nombre y dos apellidos. Luego le pidió los nombres de sus compañeros, contestándole Joaquín: “Pregúnteselo usted á ellos.” Esto incomodó al capitán, y uno de los soldados, con su servilidad acostumbrada, le dió una bofetada á un hombre herido y atado! En honor de la verdad, sin embargo, diré que el capitán, lejos de aprobar semejante acto de cobardía, le dió otra bofetada al soldado agresor, á lo que replicó Joaquín, defendiendo al soldado: “El creyó cumplir con su deber.” Estos pequeños incidentes pintan bien el carácter de Joaquín Agüero y Agüero. Poco después atados como estábamos y rodeados de soldados con bayoneta calada, alcanzó á ver Joaquín á uno de los lanceros con quienes había luchado en el mar, el que le hirió, cuya lanza dejó Joaquín sin banderola, y dirigiéndole la palabra le dijo: “Amigo, lo he dejado á palo seco. ¿Cómo se llama usted?”

“Benancio Díaz, para servir á usted” contestó el lancero. “En cuanto pueda comunicarme con mi familia le regalaré una onza para que tome á mi salud por haber sido el primer hombre que me ha sacado sangre peleando frente á frente.” Esto lo hizo para avergonzar al soldado de infantería que después de rendido, le dió el culatazo por la espalda. La promesa que le hizo al lancero se la cumplió cuando nos hallábamos en el cuartel de lanceros, y tal era el respeto que aquel lancero concibió por Joaquín, que cada vez que pasaba por la ventana de nuestro calabozo, lo que hacía varias veces al día, le dirigía el más reverente saludo militar.

Todos vestíamos pantalones y camisa larga de falda afuera, como los guajiros, la camisa ceñida á la cintura por la canana en que llevábamos los cartuchos. Nuestras camisas tenían hondas faltriqueras, y en una de ellas llevaba yo la cartera que contenía las desaliñadas notas que aparecen en la causa y algunos otros papeles. Atados como nos tenían y rodeados de muchos centinelas de vista, sentados sobre la arena de la playa, logré hacer salir y caer entre mis piernas dicha cartera, pues estaba aún oscura la madrugada. Con las nalgas, poco á poco, hice una pequeña hondonada en la arena, que era movediza, y dentro de ella empujé la cartera. Ya empezaba á cubrirla con la arena, cuando el teniente Pérez mandó que nos trajesen unos petates del pesquero, pues la arena estaba húmeda. Creyó sin duda hacernos un bien, pero para mí resultó ser un mal, pues con aquella medida cayó la cartera en poder del capitán Conus, quien la remitió al gobierno al dar el parte.

Poco después de salir el sol nos montaron dos en cada caballo, con los brazos atados por detrás, como estábamos, y un cabo de la cuerda amarrado al caballo. Al emprender la marcha nos apostrofó el capitán Conus diciéndonos: “Señores, los fusiles van cargados; se lo advierto por si intentan escapar;” ¡Qué valentía! En la guerra civil de los Estados Unidos vi, muchos años después, conducir á

miles de prisioneros sueltos y custodiados por una pequeña escolta, aquel jefe español tenía se le escapasen seis hombres estropeados, medio enfermos, uno de ellos herido, y todo fuertemente amarrados y rodeados por una compañía de infantería y un pelotón de caballería!

Antes del medio día llegamos á la hacienda *El Júcaro*, y nos colocaron en un colgadizo sin paredes á pocos pasos de la casa de vivienda, en donde se alojaron los oficiales, dejándonos custodiados por una numerosa guardia al mando de un sargento. Pedían agua, pues nos devoraba la sed, pero fué con bastante dilación y de muy mala gana que al fin se nos trajeron una gran jícara. Se me olvidaba decir que se había representado la costumbre de amarrar á Primeyes del mismo modo que á nosotros; pero á poco de estar en su hacienda *El Júcaro* vino á donde estábamos el teniente Pérez y dirigiéndose á Joaquín le preguntó, señalando á Primeyes: “¿Cuándo se reunió el señor con ustedes?”—“Añoche,” contestó Joaquín.—“Y ha estado él de algún modo relacionado con el movimiento de ustedes?”—“De ningún modo,” replicó Joaquín. Entonces el teniente dirigiéndose al sargento de la guardia:—“Suelte usted al señor,” le mandó. Y así se hizo. Con una amarga sonrisa cambió Joaquín con todos nosotros una mirada de inteligencia. La familia de Norberto Primeyes tuvo que embarcarse para España, pues en Puerto Príncipe no en su jurisdicción poco tiempo los hubieran dejado con vida.

Como á las tres de la tarde nos hicieron emprender de nuevo la marcha, esta vez á pie. Un largo cabo de la cuerda que nos ataba los brazos por detrás, nos la anudaron en los tobillos, dejando todavía unas dos varas de cuerda suelta, haciendo que un soldado agarrase por la punta la cuerda de cada uno de nosotros, y de este modo nos condujeron hasta la hacienda de *Santa Lucía*, á donde llegamos cerca del oscurecer bajo una lluvia torrencial. Allí nos pusieron á los seis en un incómodo cepo, sin más lecho y

pitán Conus, el cual le amenazó con hacerlo amarrar y llevarlo preso como á nosotros, si no se callaba. A esto le replicó Mr. Eaton, en un español algo estropeado, que ya se guardaría de hacerlo; que recordara que él era un ciudadano americano.

El ferrocarril sólo llegaba entonces hasta la Sabanilla, á una legua del Camagüey. De allí nos llevaron á pie paseándonos por las calles de Puerto Príncipe hasta el cuartel de caballería, vasto y fortificado edificio de mampostería, al extremo norte de la ciudad, y nos entregaron al oficial de la guardia. Algo varió allí el tratamiento que recibimos, pues aunque nos encerraron en tres calabozos, dos en cada uno, incomunicados, permitieron que nuestras familias nos mandasen ropa decente y las comidas. Las comidas, sin embargo, antes de llegar á nosotros las examinaban escrupulosamente, partiendo hasta el pan en pequeñas rabanadas. Tres ó cuatro días, mientras se instruía la sumaria, nos tuvieron incomunicados. Terminada ésta nos pusieron á Joaquín, á Benavides y á mí en un calabozo, y á Zayas, Betancourt y Castellanos en otro, enfrente del nuestro, y permitieron que nos visitasen á ciertas horas del día nuestras familias, parientes y amigos. Un día, soplando el viento del norte, oímos claramente el pito de la locomotora, y esto le produjo una sensación agradable á Joaquín, que le hizo exclamar: “Al fin he tenido el gusto, antes de morir, de oír en el Camagüey ese nuncio de la civilización.” Joaquín fué, después del *Lugareño*, quien más trabajó por la construcción del ferrocarril de Nuevitás á Puerto Príncipe.

Inmenso fué el interés que se tomó la población de Puerto Príncipe por nuestra suerte, especialmente las señoras y señoritas de las principales familias, quienes á menudo iban á vernos, al través de las rejas de nuestros calabozos, á las horas permitidas. Un plan se fraguó para nuestra fuga; se colectó una gruesa suma de dinero, y se tenía ganado á un oficial del regimiento de caballería. Este, la noche

del día que le tocase estar de guardia, debía abrirnos las puertas de nuestros calabozos á media noche, y si no se podía sobornar al centinela que vigilaba nuestros calabozos, tendríamos que matarlo con un puñal, para hacer el menor ruido posible. Lo mismo tendríamos que hacer con el centinela que se tenía á la puerta del cuartel, y una vez fuera nosotros seis con el oficial correríamos á un solar ya designado á pocas cuadras del cuartel, donde se tendrían buenos caballos ensillados, armas y dinero para cada uno de nosotros. Tal era el proyectado plan, y ya teníamos hasta los puñales en nuestros calabozos, á pesar de la vigilancia de los centinelas. Llegó el día ansiosamente esperado. Le tocó la guardia al oficial que se tenía ó se creía tener ganado. Fué precisamente la víspera del día en que se iba á celebrar el consejo de guerra, cuando, nos llama la atención el toque de cornetas y tambores, y poco después vemos entrar y desfilar por delante de nuestros calabozos dos compañías de infantería. Al ver la primera, exclamó Joaquín: “¡Tropa del regimiento de Cantabria! ¡Todo está perdido!” Fueron fuerzas de ese regimiento las que nos sorprendieron y capturaron en Punta de Ganado. La otra compañía pertenecía al regimiento de la Habana. Hasta aquel día sólo nos guardaba el regimiento de lanceros. Ahora iban á guardarnos fuerzas de tres diferentes cuerpos, las cuales, según supimos después, tenían órdenes no sólo de vigilarnos, sino de vigilarse unas á otras. El gobierno desconfiaba de sus mismas tropas. El oficial que se creía tener ganado se acercó á nuestra ventana, y á media voz nos dijo: “Todo se ha descubierto.” Gran sensación causó aquello en Puerto Príncipe. Se dijo, y se creía generalmente, que el proyecto de escape había llegado á oídos de una señorita de buena familia, pero en aquel tiempo muy españolizada, y que ésta se lo había comunicado á un oficial español que le hacía la corte y visitaba su casa todos los días. Esto, sin embargo, nunca creí yo que pasase de una mera sospecha.

Más natural he creído siempre á de mi hermana Martina. Su lecer que el oficial que había fin me llegó al corazón, y al mismo dejarse sobornar obraba de malaquin le saltaron las lágrimas á los que fué, para sincerarse ó ganar cuando se la dí y la leyó. Me subuena voluntad del gobierno espaba que por el amor de mi madre, quien le descubrió aquel proyecpadre, que se hallaba en cama, escape. Aquello fué un golpe móiado por el pesar, y de mis her-

Ahora, aunque poco me gustaos, entregase al consejo el memorial de lo que individualmente que le dirigía mi padre. En ese concierne, le referiré lo que me memorial incluía mi padre certificados la vida. Mi defensor, el tenientos médicos conocidos de la ciudad Heras, que era amigo de la familia que declaraban bajo su firma que interesó mucho por mí, y en la pñabían asistido en varios casos de ra entrevista que tuvo conmigosos de locura, y que en vista de propuso su plan de defensa, quos y de sus servicios al gobierno, le alegar que yo padecía accesos deaba al tribunal tuviese alguna ra, y que en uno de esos accesosideración al imponerme la pena. fuí al campo y me uní á la partido la más dolorosa impresión y Joaquín. A esto me negué; peroconsejado por Joaquín, acepté el ruelultándolo con Joaquín me aconé mi madre y mi hermana, y preque aceptara el plan de mi defené al consejo aquel memorial. A “A mí, añadió, también me llaar de todo eso, poco faltó para que loco; esa locura, es una locura sme condenase á la última pena.

me.” Poco persuadido quedé, y las seis de la mañana se reunió el una segunda entrevista con mi deseo en los altos del cuartel de casor, me dijo, que consultando lasloría. Enfrente de la ventana de españolas, halló una que disponí otro calabozo se hallaba la ancha cuando un menor cometía un uevera que conducía á esos altos. La en compañía de un pariente de maón fué pública, y unos cincuenta edad, se considerase que el menor bres, la mayor parte españoles, bía obrado bajo el influjo de suenciaron el acto. Terminados los riente. A esto me negué rotundancedimientos, se nos llamó, primero te, y la prueba, usted que tiene elo Joaquín, á Benavides y á mí, y lueuario de la causa, puede verla eá Zayas, Betancourt y Castellanos. declaración. El fiscal trató do haguntado Joaquín si tenía algo que me declarar que algún otro me har, contestó con la mayor serenidad inducido á tomar parte en el profignidad; no recuerdo sus palabras, ciamiento, pero, lea mi declaraco daba á entender que no reconocía No recuerdo las palabras exactamelerecho de aquel tribunal para juzpero en substancia declaré lo sigulo, á lo cual le replicó el coronel te: “Que habiendo oído decir qu Gándara, lo que en substancia, seestaban formando partidas en el ca el mismo Joaquín repitió después po para proclamar la libertad é in el chiste que le era característico, pendencia de Cuba, y creyendo que en los momentos más terribles: deber de todo cubano era tomar plú lo quisiste, Fraile Mostén; tú lo en esa empresa decidí unirme á sístite, tú te lo ten.” Al preguntarpartidas, y que, ignorándolo mi fa á mí el presidente si tenía algo lia, salí al campo.” Se me pregune alegar, respondí: “Sólo presentar quien había oído decir lo que me memorial al consejo,” diciendo lo dujo á tomar parte en aquel mal me adelanté á la mesa y allí demiento. Mi respuesta fué que nosité el memorial.

acordaba. Al amanecer del día en A la conclusión de todos aquellos se celebró el consejo de guerra vintos, se despejó el salón donde se ceverme mi madre á través de la rejoraba el consejo, y se procedió á de la ventana, y llorando me entregó erar. Lo que allí pasó lo supimos

después por algunos de los oficiales allí presentes. El fiscal había pedido la pena de muerte para todos nosotros, exceptuando á Castellanos. A la primera votación estuvieron unánimes los seis vocales, absteniéndose de votar el presidente, en imponerles la pena de muerte en garrote vil á Joaquín, Benavides, Zayas y Betancourt, y la pena inmediata á Castellanos; pero tres votaron por la pena de muerte para mí y tres por la inmediata. Las deliberaciones duraron todo el día. Allí se les subieron las comidas, licores, etc., y el resultado de un gran número de votaciones fué siempre el mismo. Finalmente, ya cerca de las seis de la tarde, dijo el presidente: “Señores, ya esto ha durado demasiado. Yo doy mi voto por imponerle á Pierra la pena inmediata, y deseo que la votación se haga unánime.” Eso me salvó la vida.

Al día siguiente al amanecer (Agosto 10) vinieron uno ó dos oficiales amigos á la ventana enrejada á saludarnos, y en el curso de la conversación, sin hacer la menor referencia al consejo, nos presentó Joaquín un espejito de mano, diciéndonos: “Hijos míos, miraos esas caras patibularias,” salida que arrancó una sonrisa á los oficiales. Poco después, estando yo solo asomado á la reja, llegó un oficial á quien conocíamos, y apretándome la mano me guiñó un ojo. La idea que se me ocurrió fué que aquel oficial estaba ganado y que había todavía esperanza de escaparnos. Esto se lo comuniqué á Joaquín, pero él, sin inmutarse en lo más mínimo, me dijo: “Lo que ese oficial quiso darte á entender es que á tí no te han impuesto la última pena.” En vez de alegrarme, sus palabras me echaron un jarro de agua fría, pues hubiera preferido correr la misma suerte que él.

Al día siguiente por la mañana, con imponente aparato militar, se nos leyó la sentencia. Imposible me sería dar una idea de lo que pasó por mí. Mi primer impulso fué darle un abrazo de despedida al heroico Joaquín, pero la sangre cesó por un momento de correr en mis venas, me sentí paralizado, y

un oficial ó soldado, no sé quién, tuvo que cogermé por el brazo para llevarme al cuarto de bandera de la guardia. A poco rato, ya vuelto en mí trajeron á Miguel Castellanos á donde estaba yo, y luego nos condujeron á un calabozo contiguo al que les servía de capilla á Zayas, tío de Castellanos y á Betancourt. ¡Qué día y sobre todo qué noche aquella, doctor! Apenas pudimos probar nuestras comidas, y en toda la noche no pudimos cerrar los ojos, pensando en la terrible suerte de nuestros parientes y compatriotas. Pasada la media noche llegaron á nuestros oídos, helándonos la sangre, las solemnes palabras del sacerdote que en el calabozo inmediato ayudaba á bien morir á Zayas y á Betancourt, y las palabras que reverentemente les hacía repetir al administrarles la comunión: "Señor, yo no soy digno ni merezco que vuestra Divina Majestad entre en mi pobre morada." Todavía resuenan en mis oídos cuando á la mente traigo estos recuerdos.

Apenas empezaba á aclarar oímos las cornetas y tambores y la banda de música de las tropas que marchaban á formar el cuadro en la sabana del arroyo de Méndez, á media legua más ó menos del cuartel en donde estábamos, y á las seis en punto nos apercebimos de la salida de los nobles mártires de la libertad de nuestra patria para el lugar de la infame ejecución, y no había transcurrido una media hora cuando resonaron en nuestros corazones las lejanas descargas, seguidas de algunos tiros sueltos, que en la flor de la edad cortaban la vida de aquellos buenos patriotas, anegando en lágrimas nuestros ojos.

Un incidente que no debo pasar por alto, y que nos contó uno de los oficiales que mandaban la guardia. Joaquín durante el día que pasó en la capilla no desmintió su serenidad habitual y carácter placentero; pero al oscurecer se cometió la infamia, podría llamarla, de entregarle una carta, tal vez de despedida de su esposa. Desde que empezó á leerla cambió su semblante, y al terminarla se quedó como pasmado, sin otro movimiento que el de

acercar la carta á la llama de las velas del altar, manteniendo el papel ardiendo entre sus dedos que quedó completamente cenizas, sin atender á la advertencia que le hizo un oficial, diciéndole: "Agüero, mire que se está quemando los dedos." Aquello fué lo único que le abatió por algunas horas después de aquel terrible trance. Pero al amanecer se la hora fatal recobró su serenidad, é impávido marchó al sacrificio. gloria.

Pepilla, su amante esposa, entristeció cuando supo la sentencia, y de sí escribió aquella carta de despedida á su noble esposo, y logró que se le permitiera salir de la cárcel, pues varias personas de la familia tuvieron que llevársela con sus propias manos, y allí mismo se les escapó y echó á correr por la sabana hacia Puerto Príncipe el día de la ejecución, queriendo reunirse con su esposo, y gran trabajo le costó á sus parientes alcanzarla y llevarla á la casa de la finca.

El verdugo, un negro llamado Lope, de oficio zapatero, y muy conocido en toda la población, fué empleado por algunos de nuestros amigos creyendo que con esto se impediría la ejecución en el garrote, ó por lo menos se lograría que fuesen fusilados y no vez de agarrotados. El verdugo estaba en la cárcel de la ciudad, pero se le permitía salir á donde quería, excepto cuando se emborrachaba, pues tenía el vicio de la bebida, y fué fácil propinarle una dosis de veneno en un vaso de vino ó de aguardiente.

Al otro día de la ejecución de los tres compañeros nos trasladaron á Joaquín Agüero Sánchez, Castellanos y á mí al calabozo que yo vió de capilla á Joaquín y Benavente, también, y disgustados los cubanos disminuyó algo la vigilancia y se permitió que nos visitasen todos los días nuestras familias y amigos.

Algunas semanas después nos llevaron á Joaquín Agüero Sánchez, la sentencia de muerte se acababa de conmutar, á Miguel Castellanos y á mí á Nuevitas, donde nos embarcaron para la Habana, y de la Habana pocos días después, para Ceuta, en un bergantín vizcaino, en compañía

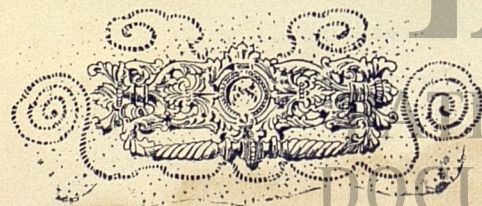
Walker, y sobre todo por la política de este caudillo, abandonamos su causa, y yo permanecí algún tiempo en Centro América, pasando luego de allí á Panamá, donde me encargué de redactar ne el *Star and Herald* de Panamá, la parte española, pues se publicaba en inglés y castellano. En Centro América y en Panamá, donde tuve por compañero íntimo al malogrado doctor Jaime Bonet, pasé por dos ó tres revoluciones, ó más bien, levantamientos que, desgraciadamente, son males crónicos en la mayor parte de las repúblicas hispano-americanas.

Pero esto es ya asunto puramente personal, y no quiero ocupar por más tiempo su valiossa atención. No he revisado lo escrito (ó impreso en máquina de escribir), y de consiguiente no dudo hallará usted faltas gramaticales, pues hace treinta años que hablo y escribo más el inglés que el español.

Si en lo que he relatado encuentra usted algo que pueda servirle para añadir algunas notas á la segunda edición de su magna obra, consideraré bien retribuído este pequeño trabajo.

Antes de concluir le manifestaré que he encontrado un buen número de errores de imprenta no salvados en la "Fe de Erratas;" pero casi todos son de poca importancia, y pocos lectores los notarán. Dos, sin embargo, son de alguna consideración: En la página 287, línea 16, donde dice "anciano" debería decir "ciudadano." En la página X del Indice, se me da el nombre de "Alfredo" en vez de "Adolfo."

Deseando que se le agote pronto la primera edición, y que pueda con esto hacer imprimir una segunda y más numerosa edición, me repito, estimado doctor, de usted afectísimo y muy atento seguro servidor.



TRIMONIO
DOCUMENTAL